

## CAPÍTULO V

## LOS OMMIADAS, 661-750.—CALIFATO HEREDITARIO.

«La historia política y religiosa del califato, imperio del islam por excelencia, no ofrece más que el espectáculo desconsolador de atrocidades, asesinatos, traiciones, y excesos del género más abominable. Otros imperios tuvieron su edad de sangre, aunque también conocieron días de paz y de ventura: el de los califas no gustó ni un solo instante de reposo: estuvo espuesto de continuo á agitaciones y vaivenes por parte de facciones políticas y de sectas religiosas: no pasó un solo reinado sin estos desmanes: suavizaron las letras las costumbres más bien que pulirlas, y la humanidad jamás pudo despojarse del luto.» (1) Tal es la escena que se abre después de los tres primeros califas, en la época en que parecía que los musulmanes solo habían ensanchado sus conquistas para cubrir de matanza un territorio más extenso.

**Mohaviah I, 661-680.**—Al cabo la muerte de Ali y la victoria, aseguraron el primer puesto á Mohaviah, de la familia de Ommiah é hijo del idólatra Abu-Sofian. De esta suerte la sucesión sangrienta de Mahoma recayó en la descendencia de sus perseguidores, y la alta dirección del islamismo quedó entregada á los más encarnizados defensores de la idolatría. Encargado por Omar del gobierno de la Siria, se había ganado los corazones por su liberalidad durante la paz, por su fortuna en la guerra. De consiguiente reunió gran número de parciales, cuando se levantó como vengador de Otman; y su elección fué confirmada por la espada y la astucia de Amrú. Mohaviah obligó á Hasan, hijo de Ali á renunciar á toda clase de pretensiones al poder, y á pasar sus días en una oscura santidad cerca del sepulcro de su abuelo. Entonces introdujo grandes mudanzas en el gobierno de los fieles; y aun cuan-

(1) HAMMER, *Min. del Oriente*, I, 385.

do repugnara á las costumbres y al fanatismo de los árabes ver una dignidad reuniendo la santidad y el poder y transmitida como una herencia, hizo proclamar por sucesor suyo á su hijo Yezid de vida y alma afeminadas. En seguida trasladó la sede del gobierno de Medina á Damasco en Siria (672), donde también quiso que fuera trasferido el pulpito en que había predicado Mahoma; pero se lo impidió un eclipse de sol que sobrevino, y que se tomó por una señal de desaprobación del cielo.

A semejanza de Constantino después de su instalación en Bizancio, hollaron entonces los califas las costumbres peculiares de los árabes, que se había abstenido de violar el Profeta. Cesando de ser simples patriarcas, como sus cuatro antecesores, se apoyaron en la fuerza, imitando á los demás reyes, y vinieron á ser déspotas rodeados de boato. A lo menos las funciones de iman ó jefe de la religión, parecían corresponder á la familia del Profeta; pero Mohaviah las usurpó, y viendo multiplicarse las controversias sobre los puntos oscuros del Corán, pues había dado ya lugar á doscientos comentarios, reunió en Damasco á gran número de cadís y de imanes para conciliar lo que aparecía contradictorio. Seis de los de más capacidad fueron encargados por orden suya de poner por escrito lo que les parecía más conforme á la sana razón, y su trabajo produjo el *Amalek*, al cual atribuyó únicamente la autoridad, anulando las demás glosas, y prohibiendo que se hicieran otras nuevas, como si semejante prohibición pudiera ser observada.

Estas alteraciones desagradaban á los musulmanes celosos y á los árabes libres, y de ellas resultó que los parciales de la familia de Ali se unieran para derrocar á la nueva dinastía. Pero tuvieron en contra suya el potente brazo de Amru en Egipto y la ferocidad de Ziyad que, dominando sobre la

Persia, sobre la creciente ciudad de Cufa y sobre parte de la Arabia, exterminaba á los siitas. Una vez sofocadas en sangre las sediciones intestinas, Mohaviah llevó á lo exterior la guerra. Marchó contra el imperio griego, taló las provincias del Asia, é hizo que su escuadra tomara el rumbo del Bósforo. Habiendo dicho el Profeta que el primer ejército que asediara á Constantinopla obtendría la remisión de todos sus pecados; la religión vino en ayuda de la ambición y de la avaricia para impeler á los árabes sobre esta ciudad, donde se hallaban acumulados los tesoros y los trofeos de las dos Romas.

**Fuego griego.**—Reinaba entonces Constantino Pogonato, príncipe voluptuoso y cruel, que trasformándose en otro hombre á la hora del peligro, reanimó con su denuedo el de los griegos, que habían acudido en tropel á defender los sólidos baluartes de la plaza. Secundó la fortuna el patriotismo, pues habiendo pasado un egipcio, Calínico de Heliópolis, del servicio del califa al del emperador, inventó el fuego griego que suplió por los ejércitos y el valor. Era un combustible líquido que se hacía llover desde los baluartes sobre los sitiadores, que se disparaba con dardos ó con bolas de hierro, y que se lanzaba en naves incendiarias contra los buques enemigos. Frecuentemente se esparcía con ayuda de conductos de cuero desde la proa de las galeras, lo cual las daba el aspecto de dragones y de hidras vomitando fuego. Una vez que este fuego prendía en la madera, en la carne de los hombres ó de los animales, y no sirviendo el agua más que para fomentarlo, no podía apagarlo ningún auxilio humano: huían espantados los caballos, perecían los hombres en medio de atroces tormentos, eran consumidas las naves sin recurso. El secreto de su composición fué guardado con el cuidado más escrupuloso. Constantino recomienda en su *Táctica* no darle á conocer nunca, y responder á los que preguntaren que un ángel se lo reveló al fundador de Constantinopla. Durante cuatro siglos no perdonaron medio los musulmanes de descubrir este secreto: halláronlo al fin, y se sirvieron de él contra los cruzados.

Esta invención fué la mano de Dios para salvar á Constantinopla, dando largas al asedio, Abu-Ayub que había dado hospitalidad en Medina al Profeta fugitivo, murió bajo los muros de la ciudad cristiana, y el ejército le hizo magníficos funerales. Cuando ocho siglos más tarde fué tomada Constantinopla por los turcos, indicó una revelación la ignorada tumba del ansariano, y se edificó entorno una mezquita, donde al tiempo de su inauguración van á ceñirse la espada los sucesores del Profeta.

En esto los mardaitas ó maronitas, lanzándose desde las cumbres de Libano invadieron la Siria. En su consecuencia Mohaviah se vió obligado á comprar la paz á los griegos por treinta años, á restituir muchas provincias, y á pagar anualmente tres mil monedas de oro, agregándose á esto cincuenta caballos y otros tantos esclavos: esta fué la

primera humillación experimentada por los mahometanos, y en gran parte la debieron á sus discordias intestinas.

**Yezid, 680.**—Reanimáronse bajo Yezid, hijo de Mohaviah, que se hizo menospreciar por su avaricia y su intemperancia, vicios tanto más vergonzosos en sentir de los árabes, cuanto que eran rarísimos entre ellos. Bebia vino, acariciaba á los perros, hacía que le sirvieran eunucos; y estos eran insultos á la vanidad nacional que hacían á los árabes echar de menos los tiempos del celo puro y de la paterna lealtad de los Sahabeones.

**Hijos de Ali.**—Aumentábase por esto el concentrado odio de los siitas, y estimulaban á los hijos de Ali á reclamar sus derechos. Hasan se había retirado sinceramente del mundo, y solo se cuentan de él obras de santidad. Un esclavo que por casualidad le había echado encima agua hirviendo, se prosternó á sus pies repitiendo el versículo del Corán. *Es el paraíso para el que refrena su cólera.*—*Pero yo no estoy colérico*, dijo Hasan.—*Y para el que perdona las ofensas*, continuó el esclavo.—*Te perdono la tuya.*—*Y para los que vuelven bien por mal.*—*Te doy la libertad y 400 monedas de plata.*

Pero Husein, segundo hijo de Ali, y Abdalah, hijo de aquel valiente Zobeir que en Africa había dado muerte al exarca Gregorio, con intención de enseñorearse del poder, se pusieron á la cabeza de los facciosos. Habiendo recibido el primero de la Persia estímulos y promesas, mercancía que abunda entre los descontentos, resolvió probar fortuna por aquella parte. Partió, pues, de Medina hacia el Irak, pero al llegar á la frontera supo que el pueblo se había amotinado en su favor en Cufa, habiéndole reprimido al punto Obeidalah, hijo de Ziyad. Hallóse personalmente envuelto por el enemigo en Kerbela, y como intentara en vano obtener condiciones decorosas, y exhortara estérilmente á los suyos á que atendieran á su seguridad apelando á la fuga, sostuvo con treinta y dos ginetes y cuarenta infantes el ataque de cinco mil caballos: habiendo caído todos sus compañeros á su lado, se ofreció el último á los golpes de sus adversarios. Arrastrado y escarnecido fué el cadáver del Fatímita (10 octubre) y Obeidalah le descargó un golpe en la boca. Al ver esto exclamó entre sollozos un anciano: *¡Ay de mí! ¡Ay de mí! He visto sobre esos labios los labios del Profeta.* Veneran los persas el sepulcro de este mártir.

Yezid tuvo la generosidad de perdonar á las hermanas y á los hijos de Ali, que, enviados á Medina, se consagraron á la oración y al estudio, disfrutando inermes de la veneración del pueblo: Ali, Hasan, Husein y otros nueve sucesores suyos forman los doce imanes reverenciados por los musulmanes siitas de la Persia (2). El último de ellos

(2) Algunos siitas no reconocen más que siete imanes, el último de los cuales fué Ismael; por lo cual fueron llamados *ismaelitas*.

fué Mohamed al-Madahi, que se retiró para vivir solitario en una gruta cerca de Bagdad; como se ignora el lugar y la época de la muerte, se supone que vive todavía, y siempre hay en las caballerizas reales de Ispahan un caballo ensillado para el momento en que se presente a destruir la tiranía del Antecristo.

Otros vástagos de esta raza, ó individuos que pretendían serlo, ocuparon más tarde los tronos de Persia, de España, de Africa, de Egipto, de la Siria, del Yemen.

**Abdalah, 681.**—Abdalah Ben-Zobeid, más venturoso que los hijos de Ali, consiguió sembrar el espanto en el alma de Yezid. Se hizo proclamar califa en la Meca, y recibió el homenaje de los moradores de Medina. Apenas había trascurrido medio siglo desde que el Profeta había esclamado: *Si alguno saquea mi ciudad, caerá sobre él la cólera de Dios y será disuelto como sal en el agua;* y ya el extranjero se había sentado sobre el trono establecido por Mahoma, y sus dos ciudades predilectas, que se habían engrandecido, merced á una larga paz, se ven asaltadas por las armas vengadoras de Yezid. Medina fué saqueada y sitiada la Meca: ya estaba medio destruida la Caaba é iba á sucumbir la ciudad santa, cuando la noticia de la muerte de Yezid vino á salvarla.

**Mohaviah II.**—Regresó el ejército á Damasco, donde Mohaviah sucedió á su padre; pero habiéndole insinuado alguno que su familia se había apoderado de la autoridad injustamente, se alarmó su conciencia, y después de seis semanas de reinado, habló en estos términos á los chaiques, á quienes había congregado al efecto: *Mi abuelo arrebató el califato á uno que lo merecía más que él: tampoco mi padre fué digno de ocuparlo. Tocante á mí estoy resuelto á no tener que dar cuenta á Dios de una tarea tan pesada como gobernar á los musulmanes: escoged, pues, por califa á quien os convenga.*

**Mervan I, 684.**—Sin embargo, en vez de Abdalah y de un descendiente de Ali, fué proclamado Mervan, de la familia de Ommiah, gobernador de Medina. Abdalah, cuya dominación se extendía sobre la Arabia, sobre una parte de Persia y Egipto, quiso sostener su título con las armas, y marchó sobre Damasco, declarando á la familia de los Ommiadas guerra á muerte. La desesperación unió á todos los parciales de esta familia, y tornó á encenderse una guerra de las más atroces.

Mervan esclamaba: *¡Ah! ¡Era forzoso que un viejo como yo, un esqueleto vivo, costara tanta sangre á los valientes musulmanes!* No por eso dejó de dirigir las fuerzas de la Siria contra las del Hedjaz, del Egipto y del Irak. Mientras duró la división los moradores del Eorasan se designaron por protector á Salem, hijo de Ziyad, tan bien quiso en el país que se puso su nombre á veinte mil niños. Parte de los que estaban por Ali, abrazaron la causa de Abdalah. Otros sublevaron á Cufa para vengar á aquel Husein, á quien habían

abandonado vilmente, y proclamaron á Mahomed, primo del muerto. Mas como Mahomed se hallara prisionero en la corte de Abdalah, confiaron el ejército á Soliman, hijo de Sord, y en número de diez y seis mil, que tomaron el título de penitentes, marcharon sobre Damasco.

Su valor fanático no bastó á salvarles, fueron derrotados, y habiendo sido muerto su jefe, regresaron á Persia, donde eligieron por general á Moktar, que mandando en nombre de Mahomed prisionero, se sostuvo á fuerza de supersticiones y de atrocidades. Se jactaba de haber dado muerte á cincuenta mil parciales de los Ommiadas, sin contar á los que habían caído en los combates, y hacia llevar delante de su ejército una especie de trono, prenda de victoria para los suyos, como el Arca de la Alianza para los israelitas. Cuando se aproximaban á él los soldados, esclamaban de este modo: *Señor, concédenos vivir largo tiempo en la obediencia que te es debida: ayúdanos, no nos olvides, antes bien tómanos bajo vuestro patrocinio.*

Unieronse contra Moktar los dos califas de la Meca y de Damasco (686), y derrotado aquél en la llanura de Kerbela por Mosaib, hermano de Abdalah, cayó en manos del enemigo y fué muerto implacablemente con sus parciales. Entonces se resignaron los persas á aguantar el yugo de Abdalah, á quien la cimitarra de Mosaib avasalló igualmente la Armenia y la Mesopotamia. Además continuó haciendo la guerra á los Ommiadas por espacio de doce años.

**Abd el-Malek, 685.**—Mervan había tenido por sucesor á su hijo Abd el-Malek, quien abandonó completamente la política del Profeta. Así como Jeroboam, para consolidar la separación de Israel y de Judá, había prohibido asistir al templo de Salomon, cambió Abd el-Malek la peregrinación de la Meca por la de Jerusalem, donde dió á la mezquita de Omar más ensanche. Habiendo invadido los griegos la Siria por este tiempo, renovó Abd el-Malek los tratados ajustados anteriormente por Mohaviah, y se resignó á la vergüenza del tributo, porque tenía necesidad de todas sus fuerzas contra sus enemigos interiores.

Resuelto entonces á poner coto á los progresos de Mosaib, entró en el Irak y le venció. Cuando le presentaron su cabeza exclamó uno de los circunstantes de este modo: *He visto en este mismo palacio la cabeza de Husein presentada á Obeidalah: la de Obeidalah á Moktar: la de Moktar á Mosaib, y te presentan la de Mosaib ahora.* Esta reflexión hizo temblar al califa, quien pretendió contrariar el vaticinio mandando demoler aquel fatal palacio.

Después de la toma de Cufa y de la sumisión de algunas otras facciones de sectarios, solo la Arabia continuaba negándole vasallage. En su consecuencia, envió contra la Meca á Eyag, el más elocuente á la par que uno de los más valerosos y crueles adalides de su tiempo. Abdalah defendió ocho meses el asediado santuario del islam; pero fué muerto en una salida y quedó entregada á

merced del implacable Eyag la Meca (689). Re-compensóle Abd el-Malek, nombrandole gobernador del Irak, del Corasan y del Sedjestan. A su entrada en Cufa, subió al púlpito y dijo: *Irakianos, veo cabezas próximas á saltar del tronco: veo barbas y turbantes teñidos de color de sangre.* Y con efecto, corrió la sangre á torrentes, cuando los siitas intentaron volver á levantar la cabeza. Justificaba sus crueldades con el principio de la obediencia absoluta, que deben los súbditos á los príncipes, obediencia mayor todavía, en su sentir, que la que es debida á Dios, puesto que el Coran manda servir á Dios, en cuanto lo permitan las fuerzas, á la par que íntima obedecer á los príncipes sin restricción ninguna.

Una vez restablecida la unidad del califato, Abd el-Malek pudo recuperar las provincias perdidas y adquirir otras nuevas. Apoderándose de Chipre, mandó acuñar allí la primera moneda musulmana (2). Ofendido de esto Justiniano II, como de usurpación del derecho real, entró en la Cilicia, á pesar del pacto celebrado. Mahomed, que fué enviado en contra suya, hacia que llevaran en primera fila, el tratado violado, como apelación á la justicia de Dios. Se batieron en las inmediaciones de Sebastie. Habían peleado los griegos, tan bien, que ya los árabes se retiraban en desorden, cuando Mahomed envió un carcaj lleno de oro á Nebulon, que mandaba un cuerpo de veinte mil esclavones auxiliares: la defección de este general decidió la victoria. Este revés no impidió á Heraclio, general de Tiberio, caer de improviso, con otros mercenarios, sobre Siria, donde avanzó hasta Sebastópolis, saqueando el país, y asesinando á doscientos mil habitantes, retrocediendo impune.

**Conquista del Africa.**—Abd el-Malek tenía empeño en llevar á cabo la conquista del Africa, donde habían penetrado las armas musulmanas en tiempo de Mohaviah. Habiendo desembarcado allí el emperador Constante, recorrió las tierras sometidas á su imperio; y aunque supo cuán esquilmas habían sido por los árabes, las gravó con nuevos impuestos. Estas cargas y las vejaciones de los exactores, redujeron á la desesperación á los africanos, quienes llamaron á los árabes en su socorro, y rechazaron donde quiera á los imperiales.

Akbar condujo las cosas á mejor término toda-

(3) Al-Makrizi atribuye á Omar-ben-el-Catab, las primeras monedas de plata, según el tipo de los Sasánidas, con adición en algunas de las palabras: *Loado sea Dios:* en otras, *Mahoma es el profeta de Dios:* en otras, *No hay más Dios que Dios:* estas monedas llevaban también el nombre de Omar. Abd el-Malek cambió el tipo sasánida, y añadió la espresión *Allah Samad,* Dios es inmutable. Después de él mandaron los califas acuñar monedas con su propio tipo, y hasta con imágenes tomadas por lo común de las monedas griegas y romanas. Bajo los Abasidas, todos los príncipes sucesores estuvieron autorizados para acuñar moneda de plata, pero los gobernadores de las provincias no podían fabricar más que moneda de cobre.

via, secundado por los berberiscos, cuyo afecto supo grangearse, se adelantó hacia lo interior del país, avasalló á muchas ciudades aun florecientes, y habiendo triunfado de la débil resistencia de los griegos, ganó á través de los desiertos, en que sus sucesores edificaron á Fez y á Marruecos, las playas del Atlántico. Metiendo entonces á su corcel por medio de las olas, exclamó en su fanático celo: *¡Gran Dios! Si no me detuviera este mar, correría hasta las ignoradas regiones del Occidente, á predicar la unidad de tu santo nombre y á exterminar á las naciones que reconocieran á otros dioses que tú!* A fin de dar estabilidad á su conquista y de frenar á los moros, tan movibles como las arenas de sus desiertos, levantó la ciudad de Cairuan, cuyos muros de ladrillo, el palacio del gobernador, y una mezquita sustentada por quinientas columnas, se concluyeron en menos de cinco años. Mucho tuvo que sufrir entonces, por primera vez, la Sicilia, á causa de las depredaciones de los árabes, y no se hubiera detenido allí el valor impetuoso de Akbar, á no haber sido llamado por un levantamiento general que había escitado el moro Kuschil, apoyándole los griegos (682). Tomada fué Cairuan, y envuelto Akbar, por el enemigo, no le quedó mas recurso que morir como un valiente. Habiendo sido presentado un rebelde á Akbar en calidad de prisionero; éste le trató generosamente, por lo cual aquél no quiso después asociarse á los rebeldes contra su bienhechor. Viendo entonces Akbar que no podía libertarse de la muerte, le exhortó en vano á que se salvase, y abrazándose ambos, y habiendo roto la vaina de sus cimitarras, combatieron juntos hasta que cayeron los dos heridos de muerte.

Investido Zobeir, con el gobierno del Africa, vengó á su antecesor, aunque cayó á su vez abrumado por un ejército enviado de Constantinopla, en socorro de Cartago (687). Tan luego como obligó á los griegos á replegarse la necesidad de hacer la guerra en Armenia, resuelto Abd el-Malek á llevar á feliz remate la conquista del Africa, consagró á este fin las rentas del Egipto, y encargó esta expedición á Hasan, gobernador del territorio. A la cabeza de un formidable armamento, llegó éste á acometer á Cartago (693), ciudad todavía importante, que se había trasformado en refugio de los habitantes escapados de otras ciudades. Entonces conoció el imperio griego la urgencia de hacer el último esfuerzo para salvar al Africa. En su consecuencia, el patricio Juan, general hábil, reunió la mejor escuadra que había surcado aquellos mares hacia largo tiempo, aumentándola con los socorros impuestos á la Sicilia, y con los ofrecidos por los visigodos de España, quienes ya preveían que el mar les sería débil baluarte contra tales enemigos. Habiendo entrado Juan á viva fuerza en el puerto de Cartago, hizo resplandecer una vez más el lábaro sobre la ciudad de Cipriano: auxiliado luego por Cahina, heroína africana, rechazó á Hasan hasta Barca (696).

Poco tiempo después, vueltos los árabes á la car-

ga, tomaron á Cartago, y los griegos fueron aniquilados cerca de Utica. Aquellos que, á costa de extraordinarios afanes pudieron ganar sus buques, vieron al darse á la vela con rumbo á Creta, como destruían de nuevo las llamas la patria de Anibal. Desde entonces fué estirpado de Africa el cristianismo. Las ciudades, tan ilustres por su comercio antiquísimo, luego por los generosos campeones y los mártires de la fé, se convirtieron en madriguera de corsarios, que hasta hace poco insultaron y amenazaron á Europa.

**Berberiscos.**—Una vez espulsados los griegos se trataba de avasallar á los indígenas. Difieren mucho las opiniones sobre el doble origen de los habitantes de la costa sententrional. Suponen algunos que en los primeros tiempos de la era cristiana, Malek-Afriki llevó de la Arabia tribus numerosas á la Libia, otros las hacen proceder de Berberah, antigua ciudad en la costa de Zanguebar y otros, de los cartagineses, que vencidos por los romanos, salvaron su independencia, refugiándose en las montañas. Se apoya la primera opinion en la estremada analogía de costumbres que existe entre estas poblaciones y las de Arabia, especialmente las del Yemen; vida errante, idioma semítico, mezcla de prácticas cristianas y judaicas, enlazándose con una idolatría supersticiosa. Estas semejanzas contribuyeron á que se entendieran fácilmente con los árabes, cuando aparecieron en Africa; y secundando el califa Omar esta disposición, les llamó por política hermanos de su pueblo.

**Moros.**—Algunos hacen también proceder á los moros de los árabes sabeos, origen de que están envanecidos, á la par que otros, con Procopio, los creen vástagos de los jebuseos ó gergerianos, espulsados por Josué, sucesor de Moisés, de la Palestina. También tenían mucha semejanza con los árabes, lo cual facilitó la mezcla sucesiva, en cuya virtud no se diferencian los unos de los otros.

Por la época de que hablamos, su reina Cahina les habia disciplinado hasta cierto punto. Escitando su fanatismo á merced de haber fingido hallarse dotada de espíritu profético, les guió contra los árabes que acababan de perturbar su sosiego, y que se vieron repelidos en un instante hasta las fronteras de Egipto. Después de la victoria reunió á los jefes de las tribus y les dijo: *Nuestras ciudades atraen á los árabes por las riquezas que contienen. ¿Qué nos importan el oro y la plata á nosotros que nos contentamos con lo que produce la tierra? Destruyamos, pues, ciudades y riquezas, y quitemos todo pretexto á esos hombres codiciosos.* Bien oída su propuesta, se puso inmediatamente en planta; y todo el espacio que se estiende desde Tanger á Tripoli, reducido á desierto, no presentó ya á la vista árboles ni habitaciones. De esta suerte fué consumada la ruina de esta fértil comarca, empezada habia tres siglos. Entonces empezaron á desear los indígenas como un alivio la tiranía de los mahometanos, que fueron recibidos con alborozo y secundados en sus esfuerzos. Llegóse, en

fin, á las manos, y fué muerta en la lid la amazona africana.

Los espléndidos despojos enviados por Hasan al califa, escitaron la avaricia de Abd el-Aziz, hermano de éste: el cual se hizo investir con el gobierno de aquella parte, y despojando á Hasan de sus riquezas, le sustituye en el mando con Muza-ben-Naser. La iniquidad de esta medida fué cohonestada por los triunfos del nuevo general, que sometió á muchas provincias, tanto por la parte de Poniente como por la de Mediodía, de donde sacó para Abd el-Aziz gran número de esclavos y de camellos de rara hermosura. Procediendo en seguida con una circunspeccion prudente, y persuadiendo á los berberiscos de que eran realmente de sangre árabe, convirtió en aliados á los que habitaban el país de Gadam y de Zab: doce mil de ellos se alistaron en sus filas.

Con este auxilio pudo sujetar á los moros que acababan de rebelarse, y envió al Asia trescientos mil insurgentes, á quienes habia reducido á servidumbre (698). Cuando fué informado el califa de los triunfos de Muza, le confió todas las fuerzas del Africa, á fin de que terminara su conquista; y á fin de honrarle más, le confirió el título de emir al-Mangreb, es decir, de gobernador del Occidente, y desde entonces cesó el Africa de depender de Egipto. Duplicándose el ardor de Muza, avasalló á las tribus que andaban errantes por los desiertos de Dahara, Sahara y Tafilet: tomó rehenes en las cinco principales y más antiguas tribus de los moros: llamábanse Zeneta, Mazmuda, Zanaga, Ketama y Hoara, luego se esforzó por tranquilizarlas, introduciendo en ellas la religion del Profeta. Le salieron tan bien sus proyectos, que las creencias y los matrimonios produjeron una sola nacion.

Sin embargo, comprendia la necesidad de intentar alguna expedicion lejana para saciar su sed de botin y de aventuras. Fijábanse, pues, sus ávidos ojos al otro lado del mar, cuando las disensiones intestinas de España le proporcionaron coyuntura de avasallar esta península, segun diremos en breve.

**Valid, 705.**—Durante estas expediciones habia muerto Abd el-Malek, después de haber acreditado grande avaricia, aunque se hallaba dotado al mismo tiempo de valor y de prudencia. Tuvo por sucesor á Valid, hombre indolente é inhábil para la guerra. No obstante, su reinado fué la época más brillante para los Omniadas, cuya dominacion se estendió desde los Pirineos hasta el Yemen, y desde el Océano hasta la muralla de la China. El cruel y hábil Eyag, gobernador del Irak, envió á Kotaiba, su general, á la India, con el fin de someterla á la autoridad del califa. Habiendo cruzado éste el Oxo, cerca de Bokara, se apoderó de Samarcanda, Fargana y Nascheb; luego sujetó completamente la Bukaria y el Covaresm; pasó el Yaxartes y penetró en el Turkestan, haciendo ondear el estandarte del Profeta en los confines

del imperio chino. Al mismo tiempo Kasim penetraba á su vez en la India, cuyos tranquilos habitantes se resignaron á la servidumbre más bien que abandonar el culto de Brama y de Siva, culto ya trastornado por los budistas, los judios y los cristianos.

**Griegos.**—Mucho más halagaba á los árabes la idea de coronar sus victorias con la destruccion del imperio griego. Los mardaitas, que no cesaban de infestar á la Siria (707), y tenían cerrados los desfiladeros por donde podían pasar los ejércitos, habian contenido hasta entonces á los musulmanes, cuando Justiniano II, por ceguedad ó por envidia, permitió á Abd el-Malek que los atacara, mandó asesinar á su caudillo y los trasladó del Líbano al Tauro. Una vez privado el país de aquel formidable antemural, ocuparon los árabes sin descargar un solo golpe lo que se estiende al este de las cordilleras del Líbano é invadieron el Asia Menor. Encontraron una resistencia terrible por parte de Leon, soldado isaurico de singular denuedo, nombrado por el emperador Anastasio jefe de las tropas. Pero cuando Anastasio fué depuesto, fué Leon á apoyar sus pretensiones al imperio, y Valid se ocupó en formar una poderosa escuadra para acometer á Constantinopla.

**Soliman.**—Detúvose la muerte en sus proyectos; pero Soliman, su sucesor, confió á su hermano Moslem ciento veinte mil hombres, que, embarcándose á bordo de mil ochocientos buques, se adelantaron por el Bósforo, y fueron á poner asedio delante de la segunda Roma. Leon Isaurico, á quien acabamos de nombrar, ocupaba entonces el trono. Secundados su valor y su habilidad por el fuego griego y por un invierno mortífero para los pueblos del Mediodía, obligaron á los musulmanes á retirarse después de haber perdido en trece meses más de cien mil soldados. Este revés suspendió por algun tiempo las conquistas de los árabes sobre los romanos.

Valid fué el primero que edificó en Damasco un hospital y una hospedería para las caravanas; esta fué una clase de establecimientos en que se ejerció posteriormente la liberalidad de los principes musulmanes: prohibió emplear en los actos públicos las lenguas griegas (4) y persa. Mandó construir en Damasco una mezquita suntuosa, y otra en Medina sobre el sepulcro del Profeta: hizo colocar en la Caaba la gotera de oro (*misaib*), bajo la cual se agrupan en tropel los musulmanes las pocas veces que allí llueve, para recibir sus aguas. Su hermano Soliman, que celoso por la justicia

(4) Abulfaraj cuenta que Valid prohibió á los escritores (*catib*) hacer uso de la lengua griega en los libros (*defater*). Algunos han comprendido que habia proscrito el idioma de los griegos. Pero *catib* indica los escribientes de los recaudadores de los caudales públicos, y *defater* que es una corrupcion de (*δέφτερα*), los registros de ingresos.

protegió el comercio, puso en libertad á los prisioneros, á escepcion de los condenados por delitos capitales, y mandó proseguir las expediciones comenzadas contra España y contra el extremo Oriente.

**Omar II.**—Omar llevó al trono de los Omniadas la sencillez con que se presentaban en el púlpito los primeros califas. No quiso alojarse en el palacio á fin de no obligar á salir de él á la familia de su antecesor: á lo sumo gastaba dos dracmas al año en su vestido. Aspiró á convertir al islam al emperador Leon, y abolió la maldicion que los sunnitas tenían costumbre de proferir al fin de cada oracion contra Alí y su familia. Permitted á los cristianos conservar sus iglesias en Damasco. No tenía más que una mujer, esposa á la vez y criada. Su moderacion desagradó á los fanáticos, quienes hicieron que se le administrara un veneno. Habiéndose apercebido de ello al punto, dijo al criado que le habia escanciado el mortal breva; *Vete, huye, miserable, depon en el tesoro el precio que te han pagado, y nunca más se oiga hablar de ti ni de tu delito.* Como le exhortaran á que hiciera uso de antidotos, respondió que ni siquiera se ungiera detrás de la oreja, en atencion á que todo lo que acontece está determinado de antemano. Su cuñado, que habia llegado á visitarle, le halló descansando sobre hojas de palmera y vestido con una camisa rota. Reconvino por ello á Fátima, mujer del califa, á lo que respondió ésta que hacia muchos dias no le quedaba otro vestido, porque todo lo habia distribuido á los pobres.

**Yezid II, 720-724.**—Yezid, su sucesor, hijo de Abd el-Malek, estuvo muy lejos de parecersele en nada. Persiguió á los descendientes de Alí y desplegó el más ostentoso lujo.

**Hescham.**—Su hermano Hescham, á quien habia designado para que le sucediera, declaró de nuevo la guerra al imperio romano; y dotado de un carácter avaro en extremo, esquilmo á las provincias para llenar de plata y oro setecientas cajas enormes.

No hacia un siglo que el Profeta fugitivo habia abandonado la Meca, y ya su religion y la espada de sus sucesores habian avasallado un territorio, que con dificultad hubiera podido atravesar una caravana en el espacio de cinco meses, es decir, desde Tarso á Surate, desde Aden á Fargana, agregándose á esto la costa de Africa. Contribuyó el comercio, además de la fuerza de las armas, á propagar el islamismo y la lengua árabe: Cufa y Basora vinieron á ser centro de las caravanas entre la Fenicia, la Asiria y la India: Alejandria era sumamente frecuentada por mar y tierra; de suerte que los extranjeros que allí acudían tomaban conocimiento del islam, y seducidos por la sencillez de su doctrina, no menos que por la facilidad de su moral, llevaban á su país sus nociones y su práctica.

A pesar de sus numerosos triunfos nunca habia podido conciliarse la familia de los Omniadas el

aura popular fuera de la Siria. Acordábanse los musulmanes celosos cuán cruel enemiga había sido para el Profeta al principio de su carrera, y la sangre de Ali y de los santos imanes derramada por ella para afirmarse en el trono; así sus miradas se revolvían siempre con esperanza hacia los descendientes de Fátima. Estos se habían dedicado á la contemplación, imitando á su abuelo como apóstol, no como héroe. Pero Abas, tío de Mahoma, había tenido por hijo á Abdalah y éste á Ali, que había engendrado otro Mahoma. Vivía este último oscuramente en Siria, cuando viendo irritados á los musulmanes por la conducta acerba de Yezid y Hescham, alegó sus derechos, declarando que los hijos de Abas eran los verdaderos descendientes del Profeta; que el califato debía ser hereditario, y que los Omniadas lo ocupaban en virtud de una usurpación violenta.

Estas palabras fueron favorablemente acogidas, especialmente en las provincias orientales, donde fué considerado como el verdadero califa y después de él á su hijo Ibrahim. Parecía, pues, que solo faltaba una coyuntura ó un hombre bastante atrevido para levantarla cabeza contra los Omniadas.

Zeid tomó en Cufa el título misterioso de iman; pero le derrotó y dió muerte el gobernador de Basora (739).

**Mervan II, 744.**—Entre tanto se sucedían rápidamente los califas, hasta que tomó el título de tal el omniada Mervan, gobernador, y robusteció su mando con la generosidad y el perdón, reprimiendo al mismo tiempo con su valor las sediciones; pero con trasferir su residencia desde Damasco á Harram, en la Mesopotamia, se enagenó el afecto de los sirios, que hasta entonces habían sido el principal apoyo de los Omniadas.

Durante estas rápidas sucesiones fueron envenenándose los odios de los careyitas y de los siitas; por último el emir Abu Moslem proclamó á los Abasidas en el Corasan y los sostuvo con intrépida valentía (716). Esta familia era tan opulenta que poseía treinta mil esclavos; formaba, pues, un poderoso apoyo para sostener los derechos con que le revestía su parentesco con el Profeta. Habiendo, pues, triunfado Abu Moslem de toda resistencia en aquellas remotas comarcas, reunió á los parciales de su casa y les hizo adoptar vestidos negros como señal distintiva. Por su parte los Fatimitas escogieron vestidos verdes y los Omniadas, blancos; y

tanto el Oriente como el Occidente fueron trastornados por estos colores.

Proclamado califa el abasida Ibrahim, flotó en toda la Persia y el Irak-Arabi el estandarte negro; hasta los mismos sirios descontentos se negaron á guardar fe á Mervan, que fué vencido siempre que vino á las manos con Abu Moslem. Entretanto Ibrahim, tanto por devoción como por hacerse propicios los creyentes, resolvió emprender la peregrinación á la Meca (749), lisongeándose de ser protegido por la salvaguardia atribuida al Profeta en este acto sagrado. ¡Vana ilusión! Mervan le sorprendió en el camino y le condenó á muerte.

**Abul Abas.**—Este sacrilegio exasperó los ánimos contra Mervan, que vió levantarse por todas partes nuevos enemigos, quienes proclamaron (750) á Abul Abas, hermano de Ibrahim, emir al-mumenin é iman, y persiguieron al califa dejándole tendido en el campo de batalla.

No tardó en ser tomada Damasco: fueron desenterrados los huesos de los príncipes Omniadas: cayó por tierra su palacio y se espulsó de la ciudad á sus parciales. Ochenta miembros de su familia se vanagloriaban de sobrevivir sometidos, y fueron convidados á un banquete por Abdalah, tío del emir al-mumenin; pero en medio del festín se presenta el poeta Chabil ben-Abdalah, y echa en cara á su huésped aquella generosidad inoportuna: «Acuérdate, dijo, de Husein; acuérdate de Zaid: Husein fué asesinado y arrastrado su cadáver vergonzosamente por las plazas de Scham, luego pisoteado por los caballos; Zaid, degollado en presencia de Hescham, quedó espuesto como un vil malvado mientras vivió el califa. ¿Quieres que yo renueve el sentimiento dejado por aquellos que fueron asesinados en su lecho durante un reposo sin desconfianza? ¿Te hablaré de Ibrahim tu sobrino, pérfidamente inmolado en un calabozo y arrojado su cadáver en medio del camino? ¡Ea, sus, empuña el acero, antes de que te asesinen del mismo modo! ¡Ea, sus, espíe la muerte de éstos, la sangre de tus amigos y de tus deudos! ¡Sus, sus, este es el momento de la venganza!»

Abdalah mandó que fueran degollados sin perdonar uno solo: luego, una alfombra echada sobre los cadáveres amontonados, le ofreció una mesa preparada para un atroz banquete. Así acabó la raza de los Omniadas, que había combatido antes que otra alguna al Profeta, estendiendo después á tan larga distancia los límites de su imperio.

## CAPÍTULO VI

### LOS ABASIDAS, 750-809.

Al fin el vicariato del Profeta vuelve á recaer en su familia que pretendía tener á él un derecho exclusivo (1). Abul-Abas, apellidado el Sanguinario (*al-Saffah*), á causa del modo con que adquirió la autoridad suprema, murió después de cuatro años de reinado de las viruelas que habían devastado á Arabia.

**Almanzor, 754.**—Tuvo por sucesor á su hermano Almanzor, que, descontento de los escándalos suscitados por los ravendianos, que sostenían la metempsicosis, resolvió abandonar á Damasco, mansion de los Omniadas, para trasladar hacia Oriente la sede del gobierno. Luego que los horóscopos fueron sacados exactamente, se fundó la nueva ciudad á orillas del Tigris hacia el lado de Levante (762), quince millas más arriba de las ruinas de Modain, en el sitio en que se alzaba la choza de un ermitaño cristiano llamado Dad, de

donde procede el nombre de Bagdad. A semejanza de un campamento se estiende el recinto de la ciudad en círculo perfecto en rededor del palacio del califa. Como se hallaba situada en las inmediaciones de Basora, de Cufa, de Vaset, de Mosul, de Savada, y en el camino del comercio de las Indias; su población y su prosperidad se aumentaron rápidamente: al mismo tiempo se hermoseó con los restos de las ciudades que la habían precedido en aquellos alrededores. Por espacio de quinientos años fué capital del imperio musulmán, luego cayó en poder de los tártaros, de los mongoles, de los turcomanos, y por último vino á ser capital del imperio persa restaurado.

Los sucesores de los sencillos califas de la Meca, se abandonaron en esta nueva residencia al lujo de las cortes orientales: pidieron para su harem un tributo de bellezas á las comarcas que están más ricamente provistas de ellas, y apenas se puede explicar el boato que desplegaron en alfombras, pedrerías, barcas, caballos y fieras. Servíanles centenares de eunucos, y guardias cubiertos de oro velaban por la seguridad del real beduino. Si todavía se dignaban predicar los viernes en la mezquita, permanecían invisibles lo demás del tiempo, encerrados en medio de una multitud de mujeres, ó en los paraísos de Scham y del Tigris.

Almanzor construyó una porción de edificios y sostuvo numerosas guerras tanto interiores como exteriores: á pesar de todo dejó 600.000.000 de dracmas en dinero contante y 24.000.000 en oro. Sus hijos les vieron el fin muy en breve, porque Mahadi consumió 6.000.000 de dineros de oro solamente en la peregrinación de la Caaba, llevando consigo hasta camellos cargados de nieve. Mejor inspirado hizo también preparar cisternas y caravanserrallos á lo largo de las setecientas millas que separaban la nueva capital del islam de la

#### (1) Genealogía de los Abasidas:

